

LA CARIDAD

PAX VOBIS

Semanario Católico con censura eclesiástica

Cartagena 19 de Agosto de 1916

AÑO XII

No se devuelven los originales

Redacción y Administración: Plaza de los Tres Reyes, número 2

Número suelto cinco centimos

N.º 622

Una nueva Cruzada

El Peor de los oficios es el título de uno de los Opúsculos que ocupa el número 137 de la Colección publicada por el Apostolado de la Prensa, colección que todos los católicos debían poseer y leer; y los pudientes regalar a millares entre el pueblo. Es propaganda gratuita, pero se expende por unos céntimos a los que quieran hacer esa obra de caridad por su cuenta. El Domicilio, Plaza de Santo Domingo 14 Madrid.

Queremos encabezar estas líneas con una nota bibliográfica, porque si para resolver la cuestión social quería el inmortal León XIII que invadiese el mundo una especie de inundación de actos de caridad, no hay duda que el soborrotar las necesidades del alma en los presentes agitados tiempos, es el deber más urgente que nos impone una nueva Cruzada cristiana, cuyas armas sean las hojas impresas, el opúsculo de actualidad, el libro de Apologética, fundamental, todo suministrado a manos llenas, gratuito, o casi de balde, y que alcance su acción hasta la última aldea y al más humilde de nuestros conciudadanos. Escritos, hojas, opúsculos, libros a montones; pero valientes, sin distinciones, sin medias tintas, que sean eco y heraldo de la palabra divina, que el Hijo de Dios vino a traer a este mundo, depositada en los libros Santos, en las tradiciones de la Iglesia, explicada por ésta y por sus Doctores, Obispos y Sumos Pontífices.

Y deben tratarse en esas publicaciones no solo las cuestiones religiosas, sino también las sociales y las políticas a fin de inocular en estas esferas el espíritu y savia del Evangelio y reproduciendo las sabias enseñanzas de los últimos Papas y de Prelados tan respetables como los de Toledo, Tarragona, Vich, Barcelona, Madrid-Alcalá, por no citar otros como el amado Pastor de esta Diócesis, los cuales apenas dejan nada por decir en tales materias, aún las más delicadas. Pues qué, ¿no ha sido enviado Cristo Jesús para iluminar a todo hombre que viene a este mundo (San Juan cap. I); y para salvar a todos los pueblos alumbrarlos si por ventura yacen en las tinieblas y en las sombras de la muerte y para dirigir los pasos de individuos, colectividades y naciones por las sendas de la felicidad y de la paz relativas de este valle de lágrimas? (San Lucas, cap. I.)

También estas aspiraciones de un humilde escritor, tan adecuadas al título de este también humilde semanario LA CARIDAD, no han sido consigna-

das a humo de pajas. No tardará muchos días; en este mismo mes tendrá lugar una Asamblea *ad hoc* en uno de los puntos más señalados de España como relicario y foco de irradiación de obras de celo y de renovación espiritual a mayor gloria de Dios. La persona que tales impresiones se dignaba comunicar al que esto escribe, abundaba en el modo de plantear y resolver el problema de contrarrestar la intensa labor sectaria, cada vez más fanática y cerril, y que llega a los confines de la blasfemia, según hemos podido comprobar hasta en nuestra cristiana Cartagena, uno de cuyos periódicos, tal vez por inadvertencia, ha tenido el mal gusto de formar coro con otros colegas que no hay para qué citar.

¿No bastan los periódicos diarios católicos y los demás que ya suman bastantes centenares? Es verdad que, como aseguraba el gran apóstol de la Religión Católica Sardá y Salvany (q. s. g. h.), en estos últimos veinte años ha aumentado nuestra Prensa demitándose por sí misma respecto a la anteriormente existente.

Pero no basta; hay que *catolizarla* más decía alguien; es menester sofocar el mal y sobre todo la blasfemia, sea sulta o bárbara, con el exceso de bien y de buenas lecturas. Que despierte el espíritu católico hoy todavía aletargado en muchísimos que no tienen de católicos más que el nombre; es menester hacer católicos valientes que se jacten de tales, no solo en casa, sino en la calle, en la plaza pública, en el mitin, en el Municipio, en la Diputación y en las Cámaras; es urgente, no solo hacer ciudadanos conscientes, inspirarles el concepto de ciudadanía que esto es secundario, sino hacerlos ante todo y sobre todo católicos que sepan y quieran ante todo y sobre todo buscar la gloria de Dios y su justicia, salvarse y ser buenos por convicción; y entonces surgirá de nuevo una nueva Patria, grande, que renovará las glorias de la antigua cristiana hasta la médula.

X.

La canción de una madre

ANTE LA CUNA

No hagas ruido, que duerme en su cuna mi niño adorado,
¡Silencio! ¡cuidado!,
que duerme mi Amor;
y sus labios graciosos se mueven con suave sonrisa,
que encanta a la brisa y alegra a la flor.
Tortolilla que cruzas ligera,
veloz como el viento,
llevando en tu acento sentido querer;
ven y arrulla al hene pequeño que sueña dulzuras,
encantos, ternuras,
mil goces, ¡placer!

Ruisñor, que en las ramas te meces
lanzando tu canto,
más puro que el llanto,
acércate, ven;
y modula esos bellos cantares
que tienen cariño,
aquí, junto al niño,
qué es todo mi bien.
Y vosotros, suspiros y aromas,
surcad el espacio
de grana y topacio
buscando a la flor;
para luego venir a la cuna
del nene adorado.
¡Silencio! ¡cuidado!,
que duerme mi Amor.

ROGER DE FLOR

¿Entro qué gentes estamos?

Un sabio ilustre ha dicho, con mucha razón, que «la mujer es más deudora que el hombre al cristianismo; pues éste le da la dignidad que tiene. La mujer cristiana es verdaderamente un ente «sobrenatural»; pues el cristianismo la levanta y mantiene en un estado que no le es natural. Si seguimos así en el rumbo que la mujer, por regla general, va tomando en nuestros tiempos de corrupción y libertinaje, no es el que debiera conducirla a la conservación y perfeccionamiento de los preciosos dones con que Dios ha querido honrarla y favorecerla.

Las licenciosas costumbres, los usos peligrosos, las diversiones malsanas, los teatros y cines corruptores, las modas deshonestas, los pasatiempos frívolos; en una palabra, el cultivo permanente, más o menos intenso, de los pecados capitales, por una parte, y por otra, el abandono de ciertas prácticas y costumbres piadosas que como saludable tradición, por largos siglos sostenida, eran tan eficaces para conservar en las familias el verdadero espíritu cristiano, todo ello pone de manifiesto el carácter distintivo de la mujer modernista.

La razón persuade y la experiencia comprueba que la relajación en las mujeres es siempre proporcionada al grado de apartamiento de la moral cristiana. Nada es más evidentemente verdadero; y aún es muy posible asignar la causa de esta relajación, que no puede ser combatida sino por un principio sobrenatural. Donde quiera que la mujer se rinde a los incentivos del vicio, no puede haber ni verdadera moral, ni verdadera dignidad de costumbres. Y si a esto se añade la decisiva influencia que la mujer ejerce sobre el corazón del hombre facilísimamente se comprenderá cuán grande, cuán enorme y devastador es el diluvio de males en que naufragan las sociedades modernas.

De lo dicho se deduce lógicamente que el medio más eficaz de perfeccionar al hombre es el de ennoblecer y exaltar a la mujer; y esto solo puede

conseguirse con la estricta observancia de la moral cristiana, que tan pocos respetos merece por parte de las mujeres dada a la relajación.

Preciso es, pues, que la mujer vuelva sobre sus pasos y se aparte de un género de vida que no puede darle ni la paz de la conciencia ni, por consiguiente, el reposo y la felicidad. El estómago que encierra algún veneno, y que se pone en convulsión para arrojarle, es la imagen más natural de un corazón donde el vicio ha introducido su veneno: sufre, se agita, entra en convulsión hasta que logra arrojarle.

No de otro modo obra en el alma de la mujer mutilada el veneno de la desordenada eficción a las miserias y peligrosas vanidades de este bajo suelo. Las telas costosas y de colores llamativos, los vestidos cortos, impropios, las desnudeces crudas o más o menos disimuladas y, en general, todas las ridiculeces invenciones de los modistos, ante quienes mudas se postran las «deidades» del mundo, nada más que un modo de atar la miseria, vanidad y los torpes instintos de seres degenerados; pero el alma humana creada a imagen de Dios siempre se sentirá perturbada y dolorida bajo el peso abrumador de tan torpes e ignominiosas excentricidades.

Mosaico Local

Puesto que el Gobierno del país anda a fortalecer su ejército y completar su acción en las fuentes de la confianza regia todos los días, a nadie extrañará que uno de ellos sea el propio Monarca el que visite a su primer ministro en el despacho de la Presidencia del Consejo. Así ha ocurrido hace poco: el simpático Rey Alfonso se presentó en la portería del edificio oficial, con el propósito de saludar al conde de Romanones, y, hallándose el presidente ocupado recibiendo a una visita, el Monarca se resignó cortésmente a hacer antesala, y dijo:

—Esperaré.

No hay que decir que en este suceso no tiene arte ni parte cosa ni actitud que no sea enteramente correcta, por parte de todos los que, al saber que tenían el honor insignie de estar en compañía de la majestad, se apresuraron a rendirle el homenaje que le era debido. Por consiguiente, está muy lejos de nuestra atención, y bastaría decir que está ausente, el aspecto personal de este suceso, imposible sin el espontáneo ademán democrático del generoso Soberano.

No hay, pues, nada que reprochar al presidente que, en estas circunstancias, puso a su Rey en el tranco, jovialmente aceptado, de hacer unos instantes de antesala.